

De la literatura en un mundo abarrotado*

Alejandro José López Cáceres

Resumen

El libro está hoy acompañado por una gran cantidad de objetos culturales: videos, televisión, discos compactos, Internet, etc. Esto determina la configuración de unos nuevos rituales de lectura. De hecho, debido a la sobreoferta cultural, nunca antes en la historia había sido tan difícil captar la atención de los lectores. Sobre estas circunstancias se reflexiona en el presente texto. ¿Qué implicaciones tienen para la labor del escritor? ¿Cómo responder desde la literatura a estas interpelaciones de la sociedad contemporánea?

Abstract

The book is currently accompanied by a great amount of cultural objects: videos, television, CDs, Internet, etc. These items determine the configuration of new reading rituals. As a matter of fact, due to the cultural offer overabundance, it had never ever been so difficult to catch reader's attention. Based on these circumstances, some reflections are made regarding the text. What are the direct implications for the writer's work? From a literary perspective, how can we respond to the demands of modern society?

*Este texto fue presentado como ponencia en el seminario *Literatura y Globalización*, organizado por la Escuela de Estudios Literarios de la Universidad del Valle, en marzo 15 del 2004.

Alejandro José López Cáceres

Resumo

O livro está hoje em dia, acompanhado por uma grande quantidade de objetos culturais: vídeos, televisão, discos compactos, internet, etc... Isto determina a configuração de novos rituais de leitura. De fato, devido à super oferta cultural, nunca antes na história havia sido tão difícil captar a atenção dos leitores. Sobre estas circunstâncias se reflexiona no presente texto. Que implicações tem o trabalho do escritor? Como responder a partir da literatura a essas interpelações da sociedade contemporânea?

Palabras clave

Libro
Lectura
Oferta cultural

Key words

Book
Reading
Cultural offer

Palavras clave

Libro
Leitura
Oferta cultural

1

A comienzos del siglo XX, tras la invención del cine y su irrefutable colonización de los auditorios, muchos críticos diagnosticaron la muerte inminente del teatro. Varias décadas después apareció la televisión y otros tantos analistas culturales de la época estuvieron de acuerdo en proclamar que esto significaría, irremediablemente, la muerte del cine. Entrada la segunda mitad del siglo XX se inventaron los formatos electrónicos —los disquetes, el CD rom y, para completar el cataclismo, la Internet—, lo cual sí produjo verdadera unanimidad entre los censores de la cultura que se precipitaron en un coro de plañideras para lamentar la inexorable muerte del libro. Y de pronto nos encontramos en este desconcertante inicio del siglo XXI, sin haber podido realizar el sueño sepulcral de tantos críticos culturales con vocación apocalíptica. Pero lo que más asombra no es la cantidad de panteones desocupados sino la buena salud de los difuntos. Se siguen haciendo montajes escénicos en

cada barrio de cada ciudad; el cine ahora se ve en los multiplex —lo que significa la posibilidad de elegir, semana tras semana, entre decenas de películas—; la televisión por cable nos inunda la casa de canales temáticos que pasan por los dibujos animados, los videos musicales, los documentales, las cadenas noticiosas y las películas porno; la Internet es una telaraña gigante cuyo tejido se tupe cada vez más finamente sobre el globo terráqueo; y nunca antes en la historia de la humanidad se habían impreso tantos centenares de miles de libros como hoy. Sí, digámoslo de una buena vez: una de las principales características del mundo contemporáneo es la sobreoferta cultural.

2

Otro aspecto que es preciso registrar es la democratización de los recursos necesarios para la elaboración de productos culturales. La tecnología nos ha regalado cientos de artefactos que acercan la gente a esta posibilidad. Quizás el ejemplo más notorio es el de los audiovisuales. Los costos mayúsculos en que incurría quien se aventuraba en una realización cinematográfica hasta los años 80's hacían del cine un arte absolutamente elitista. Las cosas han ido cambiando tras la invención del video. Tanto los insumos requeridos como los equipos —cámaras, luces, micrófonos, etc.—, son extraordinariamente más baratos en este nuevo formato que en el del tradicional celuloide. Este fenómeno se ha hecho extensivo a otras manifestaciones estéticas. En el mundo de los impresos ha ocurrido algo similar. Gracias a sistemas como el offset, ahora es posible hacer tirajes breves sin que el costo de las ediciones sea excesivo ni afecte gravemente el valor unitario de los libros. En otras palabras, desde el punto de vista financiero, hoy es más fácil hacer una película, un revista, un disco, un libro. Y es un hecho dado que esto se nota en la inmensa cantidad de productos culturales que el lector/espectador/público tiene a su disposición cotidianamente.

¿Qué significados tienen estas circunstancias para la labor del escritor? Quedémonos, en un primer momento, con uno. Debido a la sobreoferta cultural, es posible que nunca antes en la historia hubiera sido tan complicado hallar lectores. El escritor contemporáneo tiene la trágica

Alejandro José López Cáceres

certeza de que muy difícilmente su libro tendrá una buena recepción y una adecuada distribución mientras su *copyright* no se haya posicionado en las librerías. Y seguramente alguien podría suponer que este impase no lo es tanto si se tiene en cuenta que ha sido formulado como un simple problema de mercadeo. Pero el asunto es mucho más complejo y presenta variados matices. Sigamos, por ahora, sobre el tema de la *compra* del libro —que no implica, por supuesto, el de la *lectura* del libro—. Digamos que, en relación con el hallazgo de un “tú”, el literato está sujeto a avatares diametralmente opuestos a los que vive, por ejemplo, un artista plástico. Quien suele comprar la obra de un desconocido escultor regional conoce perfectamente el alcance de sus recursos y, por más que quisiera, sabe que no le está dado tener en su colección un Botero o un Dalí. Las cosas son bien distintas para el comprador de libros. El precio de un Cervantes o un García Márquez es idéntico al de un Joselito de las Mercedes; así que, salvo casos patológicos, la elección no será difícil.

3

Seguramente es Italo Calvino quien mejor ha hecho el ejercicio de pensar las interpelaciones que el mundo contemporáneo le hace a la literatura. Eso fue lo que hizo en 1985 con el pretexto de reflexionar sobre cuáles valores literarios deberían conservarse en el próximo milenio —este mismo en el cual nosotros ya estamos instalados—. Comparto felizmente el planteamiento que se lee en su apología del cuento: “la demanda del mercado del libro es un fetiche que no debe inmovilizar la experimentación de formas nuevas”.¹ Y a juzgar por fenómenos recientes, como la negativa de un amplio y testarudo sector editorial a publicar textos que no sean novelas o manuales de autoayuda, lo dicho por Calvino tendría que elevarse a la categoría de consigna. Está claro que no lo digo por la novela, la cual representa uno de los grandes patrimonios de la cultura occidental. Pero ese otro género cuyo presupuesto es la subestimación del lector me parece deleznable. Suponer que alguien pueda

¹ Calvino, Italo, *Seis propuestas para el próximo milenio*, Madrid: Ediciones Siruela, 1989 (1985), p. 63.

interesarse, por razones ajenas al humor, en un libro titulado *Cómo conquistar mujeres en la barra de un bar*, equivale a aceptar, sin más, que los lectores son afásicos y las mujeres del bar, estúpidas e iletradas. Esa empobrecida idea de la vida es un antónimo de la literatura. Y lo peor no termina ahí: el tono en el cual se escriben estos mal llamados libros de “autoayuda” es grave, doctrinario, circunspecto. Ya Milan Kundera ha advertido en su bello y sabio libro sobre el arte de la novela qué tan peligrosas son esas gentes que no saben reír —los agelastas— para el porvenir de la literatura.²

Lo dicho hasta ahora suena contradictorio. Por una parte, se esboza el contexto de la sobreoferta cultural —con la consecuente dificultad para captar lectores—; por otra, se enfatiza la negativa a obedecer los dictámenes que el mercado del libro impone. Pues bien, esta dicotomía aparente mostrará su fragilidad si logramos incorporar el problema de la *recepción* como núcleo del debate. Porque lo cierto es que el lector actual tiene a su disposición un variopinto conjunto de objetos culturales —entre los cuales se encuentra el libro—, y dicho conjunto es determinante en la configuración de unos nuevos rituales de lectura; pero, es preciso aclararlo, no de la manera mecánica en que lo suponen tantos editores de hoy. Ante esa gama gigantesca de opciones, es un hecho que el tiempo de la recepción se reduce. Y es éste un aspecto que se inscribe dentro de un fenómeno más general, el cual ha sido denominado por algunos sociólogos como “aceleración de la historia”. Tal como lúcidamente lo explicó en su momento Octavio Paz, no se trata de que el tiempo transcurra más rápido, sino de que ocurren más cosas en menos tiempo.³ Digámoslo de un modo justo: el lector de hoy vive de prisa en un mundo abarrotado.

4

Ahora bien, hay múltiples formas de responder literariamente a este condicionamiento histórico. Pueden reclamarse, por ejemplo, brevedad y simpleza. Sobre la primera no sólo no tengo reparos sino que, de hecho,

² Kundera, Milan, *El arte de la novela*, Barcelona: Tusquets Editores, 1994 (1987).

³ Paz, Octavio, *Los hijos del limo*, Barcelona: Editorial Seix-Barral, 1987.

Alejandro José López Cáceres

me declaro partidario. No puede uno dejar de lamentarse al constatar que los editores se muestran cada vez más reacios a publicar cuentos, ese género extraordinario que nos dejó el siglo XIX. Como si estuviéramos condenados a olvidar el legado de tantos gigantes, todo lo que va de Poe a Kafka, de Maupassant a Cortázar, de Chéjov a Rulfo, de Hemingway a Borges, de Steinbeck a Ribeyro, de Juan Carlos Onetti a María Luisa Bombal, de Raymond Carver a Clarice Lispector. Negarse a entender el potencial del cuento en el mundo contemporáneo es, por decir lo menos, una insensatez. En cambio, vemos cómo se acoge con beneplácito el necio reinado de la simpleza. Y aquí sí tengo todas las objeciones. Porque ser simple implica escribir con claridad pero sin densidad. Una escritura explícita, fofa, presupone un lector incompetente. Estoy convencido de que la subestimación es el peor de los insultos. Supongo que lo sucedido en este punto es una lamentable confusión entre simpleza y sencillez. La diferencia estriba en que la una proscribiera la concentración y la otra convoca la agudeza.

Puestos sobre el tema de la sencillez, valdría la pena anotar que se trata de un valor literario con mucho vigor. Incluso, es posible que tenga mayor vigencia que la misma brevedad. Me refiero al hecho de que ésta garantiza la fluidez, algo sumamente deseable y que el lector está dispuesto a agradecer en estos tiempos de atiborramiento cultural. Voy a permitirme una analogía para buscar una mejor explicación de esta idea: la ciudad y el libro. Uno de los factores preponderantes para medir la calidad de vida que una ciudad ofrece a sus habitantes es la posibilidad de recorrerla rápidamente. Para los transeúntes contemporáneos el tráfico detenido es una pesadilla y un embotellamiento, lo más parecido al infierno. Con el lector ocurre algo similar. No está dispuesto a recorrer una sintaxis pedregosa, ni a transitar estructuras enrevesadas, ni a soportar los semáforos en rojo de una prosa impenetrable. En otras palabras, los tiempos del monólogo interior han quedado atrás. Y al decir esto no pretendo introducir matices despectivos en la valoración de obras maravillosas como el *Ulises* de Joyce o *El sonido y la furia* de Faulkner. Pero lo cierto es que si un autor de hoy opta por ese tipo de escritura muy difícilmente hallará quien lo lea.

5

Quisiera terminar estas palabras con la mención de otro valor que me parece primordial para la literatura de estos tiempos: la diversión. Aunque el sentido común nos demuestra que el aburrimiento no seduce a nadie, bien vale la pena señalar un fenómeno cultural que está al orden del día y que podríamos denominar la ley del *zapping*. Con esta palabra los televidentes se refieren a esa práctica diaria que consiste en tomar el control remoto y, sentados frente al televisor, cambiar de canal a la menor pérdida del interés. Los realizadores audiovisuales saben que se encuentran gobernados por esa tiranía de la audiencia y asumen el reto de capturar y mantener su atención. Pero esto es algo que se hace extensivo a la recepción de otros productos culturales, incluido el libro. Muchos escritores así lo han entendido y esto se percibe en los recursos con los cuales actualmente elaboran sus textos. William Somerset, en su provocativo estudio sobre la novela, decía: “Una persona razonable no lee una novela como si fuera una tarea. La lee como una diversión”. Y más adelante concluía: “El fin de un escritor de ficción no es instruir sino agradar”.⁴ Por su parte, el gran Balzac afirmaba que la primera condición de una novela es interesar. Seguramente la primacía de este género en el mundo editorial de hoy está ligada a esta concepción. Desafortunadamente, hay quienes aún confunden diversión con banalidad. Y la distancia entre estas dos opciones de escritura es tan grande como la que señalaba atrás entre sencillez y simpleza. En fin, como se me hace que ya empiezo a no ser consecuente con mi declarada pasión por la brevedad, será mejor que cierre aquí, de una vez.

⁴ Maugham, William Somerset, *Diez novelas y sus autores*, Bogotá: Editorial Norma, 1993 (1954), pp. 11, 17.

Alejandro José López Cáceres

Bibliografía

Calvino, Italo, *Seis propuestas para el próximo milenio*, Madrid: Ediciones Siruela, 1989 (1985).

Kundera, Milan, *El arte de la novela*, Barcelona: Tusquets Editores, 1994 (1987).

Maugham, William Somerset, *Diez novelas y sus autores*, Bogotá: Editorial Norma, 1993 (1954).

Paz, Octavio, *Los hijos del limo*, Barcelona: Editorial Seix-Barral, 1987.

Alejandro José López Cáceres

Profesor Asociado de la Universidad del Valle. Licenciado en literatura, Especialista en prácticas audiovisuales, Magíster en literaturas colombiana y latinoamericana. Ha publicado un libro de crónicas, *Tierra posible* (1999), y otro de ensayos, *Entre la pluma y la pantalla: reflexiones sobre literatura, cine y periodismo* (2003). Actualmente se desempeña como Director de la Escuela de Estudios Literarios.

Recibido en: 18/06/04

Aprobado en: 23/07/04